

La Teoría del Problema Social ⁽¹⁾

Al ilustre profesor Camilo Supino, de Pavia

SUMARIO

- I. EL MUNDO DE LAS PARADOJAS: *La teoría mercantilista. — Mercantilismo y proteccionismo. — El fomento del turismo. — El exceso de población. — El paro, la guerra y la postguerra. — La guerra, como pretendida causa del marasmo económico. — El paro y la carestía. — Burgueses y comunistas, acordes en la explicación mercantilista. — Inanidad de la hipótesis. — Las causas económicas y las políticas. — La ilusión mercantilista y la ilusión guerrera. — Las consecuencias económicas de la paz.*
- II. LAS FLUCTUACIONES DE LOS PRECIOS Y EL CICLO INDUSTRIAL: *El régimen de empresa privada. — Efectos de una disminución de demanda. — Consecuencias del paro en el mercado. — La falta de correctivo automático. — Efectos de un aumento de la demanda. — La circulación monetaria y las crisis. — La capacidad adquisitiva de los consumidores.*
- III. LA ECUACIÓN MONETARIA: *La moneda y la ley de oferta y demanda. — Circulación y atesoramiento de la moneda. — Definición de la rapidez circulatoria. — El nivel de precios y la cuantía real de transacciones. — Estabilidad de R. — Efecto general sobre los precios, de la variación de la masa de moneda circulante.*

(1) Mi artículo sobre la teoría de las disponibilidades (núm. 40 de la REVISTA) suscitó algunos comentarios de distinguidos economistas que se dignaron prestarle atención. Este artículo, aparte de una exposición más circunstanciada del asunto para el público a quien interese, quiere ser una aclaración a ciertas dudas que se me han expresado y especialmente a las del eminente economista italiano a quien dedico este trabajo, el cual me honró, entre juicios laudatorios que agradezco, con las siguientes líneas: *Lo studio che Ella fa sui caratteri e sulla funzione della ricchezza disponibile apre la via a spiegare molti fenomeni economici ed in particolare é certamente fondamentale per le indagini sulle crisi industriali. Qualche dubbio, invece, mi ha lasciato l'applicazione della sua teoria alla questione sociale». A procurar desvanecer esta duda de mi ilustre lector se dirige especialmente este trabajo.*

- IV. LOS PROCESOS DE EXPANSIÓN Y DE CONTRACCIÓN MONETARIAS: *Mecanismo del auge de la guerra en los países beligerantes y en los neutrales. — El caso particular de España. — Función de las distintas porciones de la emisión bancaria. — El crédito internacional. — Efectos de la deflación. — La emigración del oro. — La inflación y deflación fiduciarias son casos particulares de la expansión y contracción monetarias.*
- V. GENERALIZACIÓN DE LA TEORÍA DEL CICLO ECONÓMICO: *El fondo productivo y el improductivo.—El ahorro y su colocación.—Explicación generalizada del ciclo económico.—El mercado financiero: sus leyes. — Influencia en el ciclo. — El crédito y las crisis modernas. — El ritmo económico es un fenómeno secular.*
- VI. LA CLAVE DEL PROBLEMA ECONÓMICO: *La producción limitada por la demanda, y la demanda por las retribuciones. — Tendencia de las retribuciones al mínimo.—Ineficacia del auge.—Los frenos automáticos de la prosperidad. — Impotencia del progreso técnico. — El parasitismo, como fatalidad social. — La perturbación de los estímulos al progreso.*

I

EL MUNDO DE LAS PARADOJAS

Allá en los albores de la Edad Moderna se inventó una teoría económica que se llamó mercantilista, según la cual la prosperidad de las naciones dependía de la cantidad de oro y plata que conseguían atesorar. No faltan precedentes y rudimentos de ella ya en tiempos anteriores, y sus consecuencias fueron: la prohibición, hasta bajo pena de muerte, de exportar metales preciosos ni siquiera traficar con ellos; el vedamiento de importar mercancías extrañas, especialmente si eran productos elaborados, o al menos la imposición de elevados derechos de entrada; el fomento de la exportación de toda clase de productos mediante facilidades y primas, concedidas particularmente a las manufacturas. La finalidad era conseguir en la balanza mercantil un excedente de exportaciones que se tuviese que saldar en metálico y que se llamó por esto — y se le sigue llamando — saldo favorable. Este sistema ha durado, en práctica y teoría, hasta comienzos del pasado siglo.

Sabido es que fué batido en brecha por los fisiócratas franceses y por los economistas ingleses de la escuela de Adam Smith. Unos y otros estaban acordes en sostener que el oro y la plata, la moneda, instrumento e intermediario en los cambios, no son, no pueden ser, la raíz de la prosperidad de los pueblos; que la base de la riqueza está, según unos, en los bienes

naturales, en la fecundidad nativa del suelo y en los tesoros de toda suerte que esconde; y según otros, en la productividad, en el poder creador del trabajo.

Cualquiera que la conclusión sea a que sobre este último punto lleguemos, el de partida de ambas doctrinas semeja de lo más racional e indiscutible. Parece extraño que una tesis tan absurda como hacer consistir el bienestar de los países en cosa tan vana como la posesión de los metales de menor utilidad real, se pudiese haber mantenido tanto tiempo. Pero lo más raro es que toda la dialéctica de tan brillantes pensadores y de la gran pléyade de libre-cambistas que les ha seguido, no haya logrado conmover la fe mercantilista del vulgo y aun de muchos economistas, que siguen manteniendo con el proteccionismo la esencia de la idea mercantilista, agravada en muchos casos. Porque, al menos, los antiguos mercantilistas alegaban como justificación de su doctrina la conveniencia de procurar que el mayor beneficio resultante del comercio exterior derivase hacia los connacionales, en tanto que quedaba para honor de los mercantilistas de nuevo cuño idear, con el llamado *dumping*, que lo que conviene es vender con pérdida a los extranjeros, haciendo pagar al consumidor nacional o al propio Estado el regalo que se les hace a los consumidores de fuera.

Claro que para el vulgo las ideas de los economistas son lo de menos; él se funda en percepciones intuitivas y superficiales, y con arreglo a ellas, juzga antipatriótico comprar a los extranjeros en vez de consumir nuestros productos; considera que toda política comercial debe dirigirse a vender cuanto podamos al exterior y al mayor precio posible, y a comprar cuanto menos mejor; piensa, en fin, que alcanzar ventajas comerciales con respecto a los demás países competidores es cosa apetecible. En esto las gentes se guían en gran parte por referir la economía de un pueblo a lo que, en un orden mucho más sencillo, es fácil de observar como conveniencia de cualquier negociante particular con respecto a sus clientes y a sus rivales.

Otra forma de mercantilismo muy imbuída en el sentir popular es la idea de lo muy conveniente que resulta atraer hacia el propio país, hacia la propia comarca y hacia la ciudad misma donde el mayor interés propio se vincula, gentes extrañas, forasteros, turistas. Pero entendámonos; no cualquier gente extraña, no forasteros de todo pelaje, ni turistas de cualquier jaez, sino mundo exótico de buen pergeño y de bolsillo pródigo, lo primero como indicio de lo segundo, pero especialmente lo segundo. En vano predicarían economistas de una u otra escuela que esos comensales foráneos vienen a consumir los mantenimientos que debemos a la fecundidad de nuestro propio suelo, sin aportarnos ninguno en cambio; que son brazos ociosos que ni siquiera nos han de ayudar a producir riqueza, y sí tan sólo a consumirla. Las gentes seguirán creyendo de todos modos que esto es un bien, y convencerlas de otra cosa es imposible.

Pero hay todavía más. Que esos nuevos concurrentes no sean gente ociosa y adinerada; que sean inmigrantes modestos y laboriosos, pobres braceros dispuestos a prestar su esforzado concurso a la labor productiva por muchos menos productos que consumen los otros a cambio de su dinero. La cosa variará totalmente de aspecto; entonces, barreras, dificultades, requisitos interminables, la prohibición absoluta en último caso. ¿Que diríais a esto, señores economistas de la escuela de Smith, mantenedores de la doctrina de que el trabajo es el elemento esencial de la producción y la raíz de la prosperidad de las naciones? Vosotros razonasteis admirablemente, pero los pueblos no os creen; ellos dicen: No, no es trabajo lo que necesitamos para nuestra prosperidad; trabajo tenemos de sobra nosotros y muchas veces no sabemos qué hacer del ocioso; elementos de producción no nos faltan, hasta el punto que tenemos que poner generalmente obstáculos a los que quieren acudir de fuera a competir con los nuestros; aquí lo único que falta es dinero y quien consume, pagándolo a buen precio, lo que podemos producir.

Ciertamente que este modo de ver las cosas se acuerda muy bien con esa otra idea vulgar, — supongo que anterior a Malthus, pero que éste elevó al rango de teoría científica — de que lo que hay en el mundo es sobra de consumidores y escasez de subsistencias, idea que surge muy naturalmente como interpretación simplista del mal crónico del paro, de la dificultad de hallar ocupación remunerada y del fenómeno endémico del encarecimiento constante de la vida. Mas ¿cómo conciliar esto con lo otro, con el afán de atraer consumidores ociosos?

Hay sobra de gentes y falta de subsistencias. ¿Por qué? ¿Es que faltan los medios naturales de obtener más mantenimientos? Aseverar tal cosa resulta bien paradójico en un país como España de población escasa y enormes extensiones de baldío o extensivamente cultivadas. Seguramente que, si esos territorios no se ponen en explotación más fructífera, es por no haber suficiente demanda de sus productos, para que el cultivo resulte remunerador; y en efecto, la agricultura no suele rendir beneficios exagerados. Cierto que para explotar la tierra baldía son necesarios caminos, riegos, granjas, roturaciones, pero esto representa trabajo que hacer, y brazos para hacerlo no faltan, pues lo que hace pensar en la escasez de subsistencias es la carencia de ocupación; los mismos braceros agrícolas, como los obreros industriales, se duelen de falta de trabajo y por eso tienen que afrontar el calvario de la emigración. Tampoco es que escaseen los medios de hacer eficaz ese trabajo: los vendedores de material agrícola y de abonos, si se lamentan de algo, es de no poder colocar todas las cantidades disponibles. ¿Qué es lo que falta?

Lo que falta, nos responden unánimemente los hombres prácticos, es capital. Y preguntamos nosotros: ¿Qué significa eso de faltar capital?

¿No habíamos quedado, señores economistas, en que el capital es el fruto de aplicar trabajo sobre la materia, sobre los elementos de la Naturaleza? Y si uno y otros son al parecer abundantes ¿qué sentido tiene eso de que falta capital? Indudablemente los economistas dan una acepción al capital, que no es la que le dan los hombres de negocios.

Esta cuestión de la miseria y del paro en todos sus aspectos paradójica y sorprendente. Ved el ejemplo reciente de la guerra.

Cuando Europa cayó en sus fauces, acababa de transcurrir un período de gran prosperidad, de abundante ocupación, de crecimiento de la población; pero hacía ya unos dos años que comenzaban a notarse síntomas de malestar, de dificultades financieras, de esa terrible plaga industrial que se llama la superproducción, la abundancia de productos que nadie compra y no hay medio de colocar, todas las señales precursoras de la crisis. Viene la guerra y, lejos de agravarse ese mal que empezaba a sentirse, en el orden económico se experimenta un alivio, un alivio que no puede decirse que fuera una ilusión del ánimo, pues la sensación causada por la explosión de la guerra fué de catástrofe; el buen sentido descontó desde luego la guerra como lo que es, como una gran calamidad, como una enorme ruina; aquel alivio económico fué una verdadera sorpresa que vino luego inesperadamente, lo que demuestra que obedecía a causas objetivas. Tanto en los países beligerantes como en los neutrales sobrevino un período de gran prosperidad industrial, de auge inaudito; prosperidad que está amargada para empleados y obreros por el encarecimiento de la vida, pero todo el mundo encuentra fácilmente ocupación, los negocios ofrecen medio expedito de lograr grandes beneficios y enriquecerse, aun a los pocos expertos, las industrias prosperan, los salarios crecen. La guerra consume moles inmensas de géneros que hay que suministrar, causa destrozos enormes que hay que reparar, y para el que no sufre los efectos directos de la lucha, todo va bien.

¿Quién hubiera de pensar que esta situación no iba a proseguir con mayor brío después, cuando la humanidad saliese de la atroz pesadilla de la guerra? La guerra está destruyendo cosas y está destruyendo vidas que son brazos que faltarán para reconstituirlas; todo el mundo presume para en acabando la guerra una carestía enorme de mano de obra, el patrono yendo tras el obrero para mimarlo y atraerlo. Y después de la guerra viene la grippe que destruye más vidas que la guerra, porque su área es mucho más extensa.

Parecía evidente que la carencia de brazos iba a exceder a toda ponderación. Estrecheces, dificultades, miserias, eran de esperar como séquito al enorme derroche de energía hecho, al despilfarro de valores, al embrutecimiento de los espíritus; lo que no se podía racionalmente esperar es la falta de ocupación, siendo tanta la que iba dejando el estrago de la guerra

a una población harto mermada. Pues este hecho paradójico, absurdo, increíble, es el que se dió; a la cesación de hostilidades siguió pronto el paro de multitudes de obreros por doquier. La horrenda hecatombe humana no alivió la miseria del mundo, proveniente, según algunos, del exceso de bocas; y fué cuando esas bocas, — que consumían ampliamente mientras sus brazos se hallaban ocupados en la labor de destrucción — representaron brazos libres para emplearlos en producir, cuando estalló la mayor miseria en el orbe.

Los augures sociales que, si el mundo se hubiese visto después de la guerra atacado de la mayor actividad laboriosa, lo hubiesen reputado por la más solemne confirmación de sus vaticinios, se apresuraron a decir que esa miseria y aquel paro eran la consecuencia natural de los estragos de la guerra. Esto de que una misma causa sirva para explicar lo blanco y lo negro, cosa harto frecuente en Economía, es poco serio. Al menos cuando la explicación está de acuerdo con el sentido común, se acepta sin esfuerzo; pero cuando está en abierta oposición con él, reclama alguna justificación; de dárnosla, no se cuidan mucho.

Mas el caso es que los hechos mismos cuando se desmenuzan un poco, resultan también bastante incongruentes con esa pretendida explicación.

La crisis no se desarrolló simultáneamente en todos los países. ¿Y cuáles fueron los primeros en sufrir de ella? ¿Fueron los que han padecido más intensa y directamente sus desastrosos efectos? ¿Francia, que veía devastada una de sus zonas más ricas? ¿Bélgica, que sale con su territorio cubierto de ruinas, extenuada su población y desorganizada su vida? ¿Alemania, que prevé condiciones onerosísimas de paz, después de los cruentos sacrificios de la guerra y de la depauperación de sus gentes? ¿Austria, desmembrada políticamente y destrozada en su organización económica?

Nada de eso. La crisis se manifiesta primeramente en los Estados Unidos, el país que más tarde entró en la lucha y que, según muchas opiniones, habría derivado de ella más beneficios que daños; sus estragos se hacen sentir seguidamente en Inglaterra, que si había soportado cargas cuantiosas durante la guerra y daños en su navegación, apenas había sufrido en su territorio y en su potente organización industrial, que antes bien había salido reforzada. Francia e Italia, que habían sufrido los efectos directos de la lucha, se sustraen mucho más tiempo a los de la crisis. Y Alemania y Austria, en medio de su terrible crisis política, viven entretanto, no sólo fuera de la crisis industrial, sino en una fiebre especulativa y en una gran prosperidad comercial, siquiera amargada por el empobrecimiento de algunas clases sociales, mientras muchos se enriquecen fabulosamente. Engañosa prosperidad, sí, pero no más ficticia que la que pone oasis de relativa holgura en la inacabable serie de nuestros malos tiempos.

¿Cómo compaginar esto con la pretendida explicación de ser la crisis un efecto directo de la guerra?

Pudiera alegarse otra justificación inspirada en una teoría económica clásica. No es que ese trabajo paralizado sea innecesario; hace falta y fuera bueno poderlo emplear en la reparación de los males causados por la guerra, con lo cual se evitaría el paro y se restauraría el mundo. Pero el trabajador no reclama sólo empleo, sino alimentación; él está dispuesto a prestar de muy buena gana su trabajo, mas a cambio, es natural, de lo necesario siquiera para subsistir. Y aquí está la dificultad: que ese trabajo necesita ser alimentado y no puede serlo.

También esta explicación falla ante los hechos. Porque simultáneamente con la crisis de paro, ocurría que los *farmers*, los granjeros norteamericanos, no encontraban salida a su trigo remuneradoramente y llegaron a arrojarlo como combustible a sus locomóviles, y aun a quemarlo en pura pérdida sobre los campos, para conseguir así restaurar su precio restableciendo el equilibrio entre las existencias y la menor demanda. Y cuando esto ocurre, que lo obtenido costosamente es preferible tirarlo que venderlo para apagar el hambre de las multitudes sin pan ¿cómo podemos esperar que se empleen esfuerzos en producir más, por necesario que en realidad sea y por mucho que abunden los medios de hacerlo?

En el girar dentro de teorías superficiales e insuficientes se vuelve de nuevo a la explicación mercantilista, en que — ¡cosa sorprendente! — coinciden ahora los más genuinos representantes de la «vieja economía burguesa», los patronos ingleses, y los novísimos promotores de una «economía proletaria», los comunistas. Consecuentes éstos en imputar al «capitalismo» los males de nuestro régimen social, acusan de la reciente crisis de paro, tan grave en Inglaterra, a la obstinación de nuestras viejas naciones burguesas, que prefieren arruinarse antes que ceder frente al comunismo ruso vendiéndole sus productos. Claramente se ve que en esta idea—inspirada en una pasión partidista y no en un criterio económico—lo de régimen capitalista se aplica más en un sentido político que económico. No tiene iguales orígenes, aunque llega a la misma conclusión, el parecer de los fabricantes ingleses aquejados por la superproducción, de quienes han partido los estímulos más eficaces para restablecer las relaciones comerciales con los Soviets y que acusan a las clases rentistas poseedoras del viejo papel ruso, de que su obstinación en cobrar sus créditos impide que la industria se restaure. Piensan los fabricantes ingleses que, si pudieran colocar en Rusia sus manufacturas, sus almacenes recibirían desahogo, verdad perogrullesca que no se puede negar; ellos tienen razón desde su punto particular de vista, pero a nosotros ese punto de vista no nos interesa. Ellos consideran exclusivamente el interés de sus empresas, y a nosotros no nos importa el problema de una industria particular ni aun de todos los industriales de un

país ; el problema que nosotros tratamos de plantear es el de toda una nación y aun el del mundo entero. Y para ello necesitamos mirar algunas cosas que los patronos ingleses no ven, preocupados de su interés parcial, ni las ven los partidarios del comunismo, cegados por su pasión política.

Lo que ni unos ni otros ven es que antes que preocuparse del mercado exterior, hay lógicamente que pensar en el interior. Una de las industrias británicas fundamentales es la de tejidos ; cuando la industria textil inglesa halla abundante mercado, puede decirse que todo va bien en la Gran Bretaña. Y no cabe duda de que los tejidos de lana ingleses son muy necesarios en la helada Rusia, pero también lo son en la desapacible Albión. ¿Y es que se cree que el obrero inglés está lo suficientemente abrigado para no pensar más que en Rusia como posible colocación de los paños del Yorkshire?

Quizás nunca como en esta crisis hemos sabido de la miseria del hogar obrero inglés ; otras veces la prensa tiene muy someros y parcos comentarios para el malestar de las clases menesterosas, pero en la ocasión presente hasta la prensa más conservadora del país anglo-sajón se ha llenado de clamores por la miseria de los obreros ingleses ; las revistas ilustradas nos han traído impresionantes dibujos de lo que eran los hogares sin pan de los obreros sin empleo. Era lo que se llamaba el «frente inglés», la justificación moral de Inglaterra para pedir su parte en las reparaciones alemanas por los destrozos causados ; gracias a esto sabemos bien cuál era y es la lamentable situación de la clase obrera inglesa durante el paro de varios millones de trabajadores, a pesar de los auxilios públicos. ¿Y es posible creer que hombres que se alimentaban insuficientemente, que no podían dar el pan necesario a sus hijos ni alojarlos con decoro, se abrigaran lo bastante y renovarían sus vestidos con la frecuencia que reclaman la higiene y el confort? No hablemos de Alemania ni de Austria, no hablemos de los niños yendo allí en pleno invierno a la escuela sin calefacción con sus cuerpos sin abrigo ; hablemos de Inglaterra solamente para no complicar las cosas. ¿No parece demasiado absurda la idea de que una buena parte de la población británica no pudiera vestirse suficientemente, porque Rusia, porque Alemania no podían o no querían dejarse vestir con los géneros que había de sobra en los almacenes de las manufacturas inglesas?

El comercio — ¿qué duda cabe? — es un instrumento poderoso, aunque no estrictamente esencial, del bienestar de los pueblos ; su interrupción, siquiera parcial, acarrea perturbaciones, privaciones, dificultades ; hay que contentarse con menos cosas y emplear más trabajo en producirlas ; lo único que resulta inexplicable es que acarree el paro, la falta de ocupación, cuando lo que se necesitaría es trabajar más para suplir la merma de productividad resultante. Ciertamente que un país como Inglaterra, — donde el desarrollo del comercio y de la industria fabril han determinado una extremada especialización y el crecimiento de la población sobre los límites de la que los recur-

Los agrícolas del territorio permiten mantener — depende para su subsistencia del comercio exterior ; mas esto sería una razón válida para justificar la crisis, si Inglaterra se hubiese encontrado en esos momentos con las fronteras cerradas ; y no ha sido así. Rusia y aun Europa entera es cosa muy pequeña ante el resto del mundo, del cual saca Inglaterra los productos para su subsistencia ; Asia, Africa, Australia y América son sobradamente suficientes para alimentar a Inglaterra con el excedente de sus producciones agrícolas y consumir sus manufacturas ; y esos continentes no estaban cerrados al comercio inglés por ningún obstáculo político.

No, no son causas políticas sino económicas las que provocan y mantienen las crisis. Es que los países al mismo tiempo se encuentran con que necesitan y no pueden consumir, poseen y no pueden vender ; lo que hay es una extraña interrupción en el mecanismo de la demanda, en virtud de la cual los productos no encuentran salida mútua, no logran permutarse. Y el fenómeno no tiene nada que ver con causas exteriores, pues lo vemos producirse hasta dentro de cada nación. Mientras se quemaba el trigo en los campos de Norteamérica, no sólo en Inglaterra había gentes sin poder comer ; en la misma Unión americana se sufría el paro, la miseria, y tenían que huir por hambre los inmigrantes que poco antes habían sido atraídos por los altos salarios.

Inglaterra no podría mantener a su población con sus exclusivos recursos agrícolas, pero si el mal proviniera de ahí, la fuerte demanda del mercado haría lucrativo el aprovechamiento en mayor medida del suelo, como se hizo durante las hostilidades ; y si no se hace ahora, es porque falta la demanda del mercado, que si la hubiera, no dejarían de importarse alimentos suficientes ; del mismo modo que es la falta de capacidad de demanda, y no de necesidad, lo que impide que encuentren salida los productos ingleses. En fin, los países predominantemente agrícolas no sufren menos, sino más persistentemente, los efectos del hambre, de la depresión y del marasmo productivo.

Lo que sucede en todo esto es que no se pasa de la superficie de las cosas ; nos debatimos contra el arma que hiere y no contra el brazo que la maneja ; imputamos al comercio, a la competencia de los demás, etc., los males que son repercusión de más íntimas dolencias. Esto se revela en la falta de criterio fijo para la política comercial ; bajo la presión de las circunstancias, unas veces se aumentan los derechos de importación para defenderse de la producción extranjera y hasta se dan primas y estímulos a la exportación, y otras se prohíbe o se recarga de impuestos la exportación y se fomenta la importación y hasta se realiza por iniciativa del Estado con sacrificio de los dineros públicos ; se obra en todo con la mayor incongruencia, por la ilusión de curar los dolores del cuerpo social mediante una terapéutica periférica. Las naciones, agobiadas por la superproducción, sienten enconos y riñen contiendas por rivalidad comercial ; todo es buscar mercados, asegurarse ven-

tajas comerciales, poner barreras a los productos extraños, y al mismo tiempo, sin sospecharlo, se obra de modo que racionalmente conduce a favorecer la industria de los países que más interés se tiene en perjudicar.

He aquí, por ejemplo, el tratado de paz. Al terminar la guerra, los gobernantes de las naciones vencedoras, obsesionados por las dificultades que habían tenido que vencer durante ella a causa de la escasez de buques y de ciertos productos esenciales, se apresuraron a imponer a los vencidos la entrega de parte de su marina mercante y el suministro en especie de varias mercancías; además, el pago de una fuerte indemnización en metálico para reparar los daños y compensar los gastos de la guerra. Pronto se tropezó con que aquellos barcos, amarrados en los puertos, de nada servían y eran una amenaza de muerte para la industria naviera nacional, cuyos astilleros tendrían que permanecer cerrados indefinidamente; y en tanto que se favorecía así a la industria de los países que se quería sojuzgar, se aniquilaba en el propio una de las producciones que se estima más fundamental para el poderío y la prosperidad de un pueblo. Con los demás productos pasaba lo mismo, siquiera respecto de algunas primeras materias pudiera alegarse la problemática ventaja de preservar los recursos del propio país o de no tenerlas que comprar al extranjero.

Pero lo más curioso es lo de las reparaciones exigidas a Alemania. El único sentido racional de las reparaciones es que manos alemanas con su esfuerzo y con materiales alemanes levanten los edificios caídos, restauren los cultivos arrasados, reconstituyan las fábricas derruídas... Ante la necesidad de restaurar, Alemania se presta a hacerlo así, mas no se acepta; la industria francesa ve la ventaja que para ella representa la demanda de materiales y para los obreros la demanda de mano de obra, y no está dispuesta a cederla al odiado enemigo. Las reparaciones — dicen los productores franceses — las haremos nosotros, los alemanes que las paguen. No ven ellos sin duda que pagar y hacer en términos económicos significa lo mismo. Para pagar esas reparaciones se impone a los alemanes la entrega en plazos sucesivos de una cuantiosa suma de oro, de una suma de oro que Alemania no posee; si la poseyera y la entregara, ya hemos visto cuán discutible es la utilidad que de su posesión podrían derivar los perceptores; pero en fin, no la posee, acaso no exista en el mundo; por eso se le exige en plazos. Una vez satisfecho cada plazo, Alemania ha de procurar recuperar el oro entregado para hacer el pago inmediato. ¿Y cómo lo ha de rescatar? Vendiendo sus productos, y vendiéndolos a las naciones que poseen ese oro, es decir, a las receptoras de la indemnización y en competencia con sus industrias. Eso... o no cobrar las indemnizaciones estipuladas.

Ahora se está en la lucha y el forcejeo por si se ha de pagar o no, y más o menos; mil energías y altos valores humanos se abisman en esa lucha. Cuando se resuelva y Alemania pague lo que sea, las industrias de las nacio-

nes vencedoras se encontrarán, sin saber cómo ni por qué, con que no pueden dar salida a sus productos, con que — ¡cosa inexplicable! — Alemania, vencida, recargada de impuestos, con una hacienda nacional agobiada de deudas y de dificultades financieras, puede producir y vender, y ellos no; los obreros de los países aliados encontrarán que la dificultad de hallar ocupación y el paro forzoso son mayores que nunca y los jornales más bajos, mientras que los obreros alemanes trabajan y comen. Y entonces será el clamar contra la perfidia germánica y el pedir protección, una protección que no tiene otro resultado que dificultar la vida en el mundo, pero especialmente en la nación protegida. Si Francia llegase a realizar su ideal de cobrar durante 40 ó 50 años una fuerte anualidad, la consecuencia sería una larguísima depresión, de la que saldría con su industria más arruinada, más aniquilada, que si los alemanes hubiesen recorrido triunfalmente todo el país.

Y esto que puede parecer el colmo de la paradoja a los que se nutren de prejuicios vulgares, es muy racional si bien se mira. Toda la ventaja que de la guerra y la victoria puede derivar un país, en cualquier cosa que se cifre, sólo puede resultar en que viva en parte a expensas del vencido, en un parasitismo; y el parasitismo, por agradable que pueda parecer al parásito, en términos biológicos, que son los que hay que considerar para los intereses permanentes de los pueblos, significa atrofia, regresión, degeneración orgánica. En cambio el parasitado, si logra dominar el daño que recibe, se fortalece, saca ventaja para la lucha natural y, cuando algún día logra libertarse, halla sus fuerzas acrecidas para la defensa orgánica.

II

LAS FLUCTUACIONES DE LOS PRECIOS Y EL CICLO INDUSTRIAL

Lo que hay en las crisis periódicas y lo que hay en esa crisis permanente que es el problema social, es una interrupción parcial de las relaciones económicas, y la causa de esa interrupción no hay que buscarla en falta de armonía entre los elementos básicos de la industria, ni en dificultades políticas, ni en defectos del mecanismo comercial que haya que corregir artificialmente; hay que buscarla en el íntimo mecanismo económico de la producción.

La producción se inicia y se prosigue por iniciativa de los patronos y bajo el estímulo de la ganancia. Si no ofrece perspectivas de buen lucro, nadie se arriesga en ella. Si deja de ser remuneradora, se detiene. Y esto depende exclusivamente de muy sencillas relaciones de precio, las cuales, según su sentido, explican, ora la depresión y el paro, ora el auge y la prosperidad.

Supongamos que por algún fenómeno de cuyas causas prescindiremos por ahora, se origina una disminución de la demanda en los artículos de consumo. Una cierta cantidad de existencias queda sin vender en manos de los detallistas, los cuales se ven inducidos a disminuir sus pedidos a los almacenistas, y éstos a su vez, ante la menor salida, aminoran sus demandas a los productores. Si la producción no se reduce, — y de momento así ocurre, por falta de conocimiento inmediato de la situación del mercado, y por resistencia a disminuir el rendimiento, lo cual siempre representa merma de beneficios para los productores — las existencias se acumulan de un modo creciente, y supuesto que la demanda no se restablezca, llega un momento en que los negociantes y los productores, agobiados por el exceso de géneros y por la falta de capital para mantener ese stock y seguir aumentándolo, tienen que darle salida a más bajo precio. Así, toda disminución algo persistente de la demanda va seguida de descenso de los precios de los productos afectados, descenso que se refleja al principio en disminución de los beneficios de los negociantes y productores y en menor capitalización (ahorro) por parte de éstos, en menor estímulo a la producción y al comercio, más que en merma de la demanda de otros productos.

Pero si el pequeño descenso obtenido en los precios no restablece el consumo real a su nivel primitivo, la acumulación de existencias prosigue y por tanto ha de proseguir el proceso de baja. Un momento adviene en que hay que disminuir la producción, sea por imposición financiera, por falta de recursos de los productores para poder proseguirla sin vender los productos, o porque realmente llega a no ser remuneradora o se hace francamente ruinosa. Y que esto ha de llegar a suceder forzosamente se comprende; el descenso de precio de los artículos de consumo no se puede reflejar en el de los elementos de su coste (primeras materias, mano de obra, etc.), en tanto no determine menor demanda de esos elementos por una baja en la producción de los artículos a que sirven de base. Así pues, el descenso de precio de los artículos de consumo se refleja al principio únicamente en disminución del margen de beneficio.

Una vez que la producción se disminuye, hay menos demanda de mano de obra: parte de los obreros quedan parados o reciben menor remuneración; no se demandan tantas primeras materias, las cuales se acumulan, y respecto de ellas se reproduce el mismo ciclo que hemos examinado respecto de los artículos de consumo; parte del trabajo ocupado en su producción se paraliza.

Mientras el descenso de los precios ha afectado tan sólo a los beneficios de los patronos, no suele repercutir en menor demanda sino en menor capitalización; pero desde el momento en que la merma de beneficios afecte a aquella parte de sus ingresos que los promotores y colaboradores de la producción destinan normalmente a su gasto, y esto ocurre desde luego con las mermas de salarios, puesto que los trabajadores no ahorran por lo regular

ni tienen reservas, el fenómeno se refleja en una disminución de la demanda general de artículos de consumo. Y esta disminución de demanda, repitiendo el mismo proceso que hemos descrito, provoca nueva caída de los precios en las mercancías afectadas, más paro y más pérdidas de ingresos por otros consumidores que se ven forzados a reducir su consumo, y así indefinidamente.

Es, pues, racionalmente explicable que una pequeña merma original de la demanda acarree los más amplios y desastrosos efectos, disminuyendo considerablemente la producción, haciendo perder gran parte de sus salarios a los obreros, de sus rentas a los propietarios, de sus beneficios a los patronos, de sus intereses a los capitalistas, y causando la miseria general independientemente de que la impongan falta de riquezas naturales, de capital o de trabajo, ni exceso de gentes y de competencia comercial en el mundo. Y no sólo es explicable sino fatal, en un régimen de empresa privada al menos, pues nadie emprende ni prosigue negocio alguno, aunque sobren los medios para ello, si lo sabe ruinoso o lo teme desgraciado.

Y como el proceso es de los que no se moderan por sí mismos, sino de aquellos que como la deflagración de la pólvora tienden a acelerarse por sus propios efectos, la magnitud de esos efectos no tiene económicamente ningún límite lógico ni su existencia halla término, a no ser por causas extrañas. En tanto que entre los precios de venta y los de coste no haya un margen suficiente de beneficio, el trabajo no puede ser mantenido sino por razones extrañas a las económicas, por caridad o por imposición política. Económicamente, el proceso de paro no puede detenerse sino porque los precios de venta suban o los de coste bajen más deprisa, pero la condición normal del fenómeno es ir por delante el descenso constante del consumo y por tanto el de los precios de los artículos correspondientes, que son los que en definitiva soportan los elementos del coste; para que el precio de éstos disminuya, es condición previa un descenso de producción, el cual comporta una nueva baja de la demanda de consumo, antes que la precedente haya surtido su efecto sobre el mercado de primeras materias y de trabajo.

Un hecho fortuito es preciso para que el proceso se invierta, un hecho fortuito que tenga por efecto elevar la demanda repentinamente en lo suficiente para restablecer el equilibrio. Determinar la naturaleza de esos hechos fortuitos pertenece al orden de las segundas causas que han de ser examinadas luego. Dilucidemos ahora los efectos inmediatos de un aumento fortuito de demanda, cualquiera que sea la causa que lo provoque.

Al ser adquiridos en el mercado por los consumidores más géneros de lo corriente, las existencias de los comerciantes disminuyen rápidamente, y éstos aumentan sus pedidos a los productores, para aprovecharse de la favorable situación del mercado. Pero en tanto la producción no se aumente, es imposible atender indefinidamente al mayor consumo. Pronto los precios suben y crecen los beneficios de los industriales, lo cual incita a incrementar

la producción; esto reclama pagar más jornales, adquirir más primera materia, etc., lo que recobra elevando el precio de estas cosas e incitando a más gente a ocuparse en producir. Cada fábrica que amplía su producción, cada erial que se siembra, cada nuevo establecimiento industrial que se funda, supone más salarios que se reparten, más sueldos, más rentas, más dividendos industriales, y los perceptores de estas retribuciones podrán merced a ellas demandar nuevos productos, lo cual eleva los precios y es nuevo estímulo a la producción, y así sucesivamente.

Queda pues demostrado en definitiva que los más amplios efectos de auge y de depresión, cuyas alternativas constituyen el ciclo industrial, se explican correctamente a partir de un desnivel original entre los precios de coste y de venta, desnivel determinado por una pequeña oscilación de la demanda de consumo. Por pequeña que esa alteración primitiva sea, hay que admitir una causa positiva de ella, y el problema queda reducido ahora a investigar esa causa, que si no necesita ser muy intensa en su origen, ha de ser persistente y honda, lo suficiente para no ser compensada ni corregida por los primeros descensos o elevaciones de los precios.

Esta causa hay que buscarla a mi entender en el mecanismo monetario, que es el rodaje intermediario de toda demanda. Es imposible que a nadie se oculte, después de las últimas experiencias por que ha pasado el mundo, la íntima relación entre los fenómenos monetarios y los del ciclo industrial. Basta señalar el hecho de que los primeros países en sentir la crisis de postguerra no han sido, según dijimos al principio, los más aquejados por los efectos directos de la guerra, sino los que, por haberse sustraído mejor a ella y ser más fuertes financieramente, han intentado inmediatamente restaurar el valor de sus monedas mediante una reducción de la masa circulante; en tanto que la prosperidad industrial continuaba, a pesar de condiciones generales adversas, en aquellos otros que lejos de seguir ese camino, ampliaban sin cesar la circulación, desvalorando *pari passu* sus divisas. Una relación entre ambos hechos parece innegable.

Verdad es que aquellos países en que la orgía monetaria se ha llevado a sus mayores extremos han acabado por caer también en la miseria y el paro y de la manera más espantosa. Pero esto ya es explicable por un desequilibrio de los precios de las cosas, sólo que ahora no ya con el coste de producción, sino con los medios de adquisición de los consumidores. Al elevarse los precios con respecto al coste, crece el beneficio industrial y comercial, y por la misma causa, disminuye el poder adquisitivo de la inmensa masa de los consumidores cuyas retribuciones no han experimentado incremento o no lo han experimentado en grado proporcional; de no ser así, no habría beneficios extraordinarios para los patronos y negociantes, que es la razón del auge. Esto quiere decir que la generalidad de los consumidores no pueden adquirir la misma suma de productos que antes, de modo que si

la producción no disminuye sino que antes bien aumenta bajo los efectos de la prosperidad industrial, los productos se van acumulando y llega un momento en que es imposible almacenarlos en tanta cantidad y hay que darles salida a más bajo precio ; lo cual ya hemos visto que es el punto original de la depresión.

En Alemania y Austria, donde el desnivel de los precios ha sido tan grande, la imposibilidad de esperar a que los salarios reaccionasen espontáneamente ha forzado a establecer escalas móviles de salarios que corrigiesen automáticamente el desnivel entre el coste de la vida y las retribuciones del trabajo, pero esa escala no ha hecho sino permitir que el proceso pudiera prolongarse más tiempo ; de todos modos, los salarios iban quedando un poco detrás ; el peligro de que se hubiesen anticipado era mucho mayor, porque hubiese dejado *ipso facto* de ser remuneradora la producción y se hubiese precipitado el paro ; en cuanto a una regulación precisa e inmediata es absolutamente imposible. Por otra parte, no eran sólo las retribuciones del trabajo las que había que regular, sino las de todos : propietarios, pensionistas, empleados, rentistas, pues el empobrecimiento de éstos es tanto motivo de disminución de la demanda como el de los trabajadores. El desequilibrio tenía que venir al fin.

Una conclusión importante resume toda la doctrina de este capítulo : Que la magnitud de la producción, sus fluctuaciones e incidencias es cosa que depende casi exclusivamente de la capacidad de demanda del mercado, mientras que su relación con la capacidad de producir es nula o muy remota y puede diferir enormemente de ella. Por eso estudiar las causas que condicionan esa demanda me parece de un interés económico trascendental y la insistencia sobre ello no es ociosa.

III

LA ECUACIÓN MONETARIA

Al ver como baja el valor de una moneda a medida que se aumenta su cantidad, es imposible no pensar que la moneda, como las demás mercancías, está sometida a la ley de la oferta y la demanda.

Sólo que esta ley no es muy fácilmente aplicable a la moneda. En las mercancías ordinarias se suele identificar oferta con producción y demanda con consumo, y aplicando este criterio a la moneda llegaríamos a conclusiones muy falsas, porque en la moneda lo de menos es la producción ; lo importante es la circulación. Toda la dificultad de comprender las leyes del mercado monetario consiste en concebir bien los términos de que depende el abasto de esta mercancía intermediaria.

Si solicitamos un producto para nuestro consumo, una vez que lo adquirimos desaparece prácticamente de la circulación para ser usado en sus fines particulares; en la moneda, usarla es hacerla circular de nuevo. Si se me demanda un trabajo ofreciéndome por ello una remuneración, una vez realizado y cobrado, queda cumplida una operación monetaria; supongamos que yo guardase ese dinero indefinidamente; su misión quedaría aquí terminada, y una nueva operación reclamaría una nueva suma monetaria. Mas la moneda no se guarda, ni siquiera está generalmente en nuestra posibilidad hacerlo; hay que emplearla en satisfacer nuestras múltiples necesidades, en adquirir los productos o pagar los servicios indispensables para ello; y entonces sale de nuestro poder para invertirse en la demanda de tales productos y servicios, es decir, en cumplir otras tantas operaciones monetarias. Los comerciantes y los demás perceptores del dinero no lo conservan tampoco en su poder; lo emplean en cumplir sus compromisos comerciales, pagar sus adquisiciones de géneros, satisfacer los sueldos de sus dependientes y sus propias necesidades privadas; las mismas monedas entran en nuevas operaciones y así indefinidamente.

Una parte de la moneda puede ser ahorrada, capitalizada, pero actualmente ni esto siquiera implica el sustraerla a la circulación, porque usualmente no es atesorada, guardada, gracias al desarrollo de las instituciones de ahorro y crédito cuyo fin conseguido ha sido evitar el estancamiento de la moneda atesorada, devolviéndola a la circulación mediante el préstamo, el descuento, etc. De la distinta finalidad que entonces cumple esa moneda hablaremos luego.

Lo que ahora importa establecer es que cada moneda circula empleándose repetidamente en diversos cambios y haciendo el papel de diferentes monedas, de modo que para la oferta o abasto monetario hay que considerar, con tanta razón como la cantidad de monedas, la rapidez de su circulación, entendiéndose por tal las veces que cada moneda entra en función durante un cierto lapso de tiempo.

Imposible sería seguir el curso variable de cada moneda en el mercado y de nada nos serviría, si llegáramos a hacerlo, una acumulación de datos tan dispares como obtendríamos. Si queremos someter a cálculo esta componente del abasto monetario, hemos de sustituir al concepto objetivo de la rapidez circulatoria de cada moneda particular, el concepto matemático de velocidad circulatoria media y que obtendríamos muy sencillamente dividiendo el importe total I de operaciones realizadas en el período considerado por la masa monetaria a cuyas expensas se han verificado, M (1).

(1) Entendemos por I las operaciones monetarias reales (cobro-pagos en moneda contante) y por M la moneda real (oro, plata y papel que circule como moneda). El considerar simultáneamente la moneda imaginaria nacida del crédito pero que no ha llegado a tomar una forma material, como hacen algunos autores, es contrario a la claridad de los conceptos.

$$\frac{I}{M} = R$$

De la anterior ecuación obtenemos fácilmente, por el sencillo principio de que en toda división el divisor multiplicado por el cociente da el dividendo, la siguiente :

$$M \times R = I$$

Para nuestro objeto actual conviene descomponer la magnitud I en otros dos que la integran. Las operaciones monetarias nacen de cambios de mercancías, de trabajo, etc., y su importe dependerá tanto de la cuantía real de las cosas cambiadas como de la valoración monetaria que se les atribuya por unidad. Recientes experiencias permiten apreciar cuánto puede variar de un momento a otro la valoración monetaria que en general se atribuye a las mercancías, y es evidente que dos masas sensiblemente iguales de mercancías cambiadas en dos épocas diferentes en que el nivel de los precios no sea el mismo, pueden dar importes muy distintos.

La dificultad está en fijar la unidad de mercancía cambiada con respecto a la cual hay que establecer el nivel de precios en cada momento, pues en la masa de productos cambiados los hay de valor muy diferente y que se miden por unidades muy distintas ; y además, cada mercancía varía de valor muy caprichosamente, y nosotros necesitamos la variación general de precios que no se refiera en particular a ninguna mercancía y que las comprenda todas. La dificultad nos la da resuelta la Estadística con lo que se ha llamado los números-índice.

El número-índice de una época con respecto a otra se forma, como es sabido, tomando un conjunto numeroso de mercancías, en cantidades proporcionales a aquellas en que entran en el consumo general, y estableciendo su coste en cada época ; el resultado se suele referir a 100 para la época que se conviene en tomar como base, de modo que cuando se dice que el número índice actual es de 180 con respecto a 1913, se quiere indicar que por término medio cuesta ahora 180 pesetas la compra de lo mismo que en 1913 sólo costaba 100. El número-índice ideal que nosotros consideraremos es el que estuviera formado por todas las cosas cambiadas y en la proporción misma en que por término medio entran en el consumo (los índices reales sólo son aproximados a éste) ; lo consideraremos referido a 1 en vez de 100, es decir, que el número-índice actual sería según esto 1'80 en lugar de 180. Le llamaremos N. N es lo que hay que gastar por término medio en un momento dado para adquirir lo que en la época base se adquiriría con una peseta.

Dividamos I por N y llamemos X al cociente

$$\frac{I}{N} = X$$

X es simplemente una cantidad proporcional para cada época a la magnitud real de transacciones realizadas a expensas de la moneda. Más intuitivamente: es el importe que habrían alcanzado las operaciones monetarias si se hubiesen realizado en la época base, o sea con un nivel de precios igual a uno, en vez de igual a N.

A semejanza de lo que hemos hecho antes, podemos dar a la última ecuación la forma

$$N \times X = I$$

Puesto que dos cosas iguales a otra son iguales entre sí, de este valor de I y del dado precedentemente se deduce

$$N \times X = M \times R$$

que es la ecuación monetaria fundamental (1).

Esta fórmula establece de una manera rigurosa que un cambio en la magnitud M se ha de reflejar forzosamente en una variación inversa de R o directa de N o de X, en la medida necesaria para que la igualdad se conserve.

¿Cuál será la probable medida en que cada una de esas magnitudes reaccione a una alteración de M?

Si R pudiese variar caprichosamente y compensar todo aumento o disminución de M exactamente, es indudable que N y X podrían permanecer invariables. Mas esto no es así.

Ya se ha dicho que no siempre ni en la mayoría de los casos es potestativo guardar el dinero o gastarlo indistintamente en una cosa u otra. Individualmente parece que somos dueños, hasta cierto punto, de elegir la forma en que hemos de invertir nuestros recursos monetarios usuales, según el antojo de cada momento; mas considerada la cuestión desde un punto de vista social, cambia de aspecto, porque la necesidad impone un término medio poco variable de alimentos de la misma calidad, de vestidos, etc., de modo que la masa de cosas cambiadas suele variar muy poco de naturaleza

(1) Esta ecuación, tal como la hemos razonado, no envuelve ninguna hipótesis especial, salvo los postulados generales de las matemáticas, y por consiguiente no es privativa de ninguna teoría. Es la única interpretación cuantitativa que cabe de un hecho que se nos da ya naturalmente como cuantitativo en el fenómeno de los precios. N y R son conceptos matemáticos, artificiosos por tanto, pero de naturaleza muy trivial en las matemáticas

y por tanto también la suma particular de dinero destinada en conjunto a la adquisición de cada producto. Ahora bien, la rapidez circulatoria de la moneda destinada a cada uso variará poco en su valor medio, porque en general se halla regulada por la marcha habitual de cada producción. Y si se mantiene sensiblemente constante la distribución de la masa monetaria general y la rapidez circulatoria de cada fracción, también será constante la velocidad general media de aquella porción de moneda destinada a gastos de consumo o que circula dentro del ciclo producción-consumo.

Lo mismo podemos decir respecto de aquella parte de la masa monetaria que constituye ahorros acumulados o en acumulación, o sea de disponibilidades que circulan en el ciclo especulativo, de dinero que no se destina a adquirir productos de consumo, y sí a obtener un lucro en la compraventa de productos o de bienes de renta. En la masa monetaria del fondo productivo, lo que impone a la circulación un ritmo determinado son las necesidades inaplazables del consumo y de la producción; en el fondo especulativo es el interés de obtener el mayor lucro teniéndolo en actividad; el dinero parado no produce, de donde el interés de darle empleo inmediato, mas por otra parte hay dificultades inevitables (la de encontrar seguidamente aplicación conveniente y el tiempo material requerido por la verificación de los cambios) que impiden acelerar indefinidamente su circulación; el concurso de ambas opuestas causas determina un límite que, como depende de las costumbres comerciales y de otras condiciones generales poco variables, también mantendrá cierta constancia.

En definitiva. Bajo la condición perfectamente admisible en principio de que la proporción entre la parte de la moneda circulante en el fondo productivo no varíe, la rapidez media general con que circula la moneda se puede considerar como sensiblemente constante y con cierta resistencia a variar.

Además, aunque esto no fuera así, las consideraciones anteriores nos muestran que las variaciones que puede experimentar la velocidad monetaria no son caprichosas y que dependen de ciertas circunstancias que no se relacionan directamente con la mayor o menor cantidad de moneda en circulación, de suerte que lógicamente hay que admitir que las alteraciones de M no serán en general compensadas por variaciones inversas de R y se reflejarán, por consiguiente, en alteraciones de X , de N o de ambas.

¿De cuál ante todo?

Es evidente que si al aumentar M , permaneciendo R invariable, X aumentara en igual proporción, el nivel de precios permanecería el mismo, pero fácilmente se advierte que no ocurrirá esto en principio, porque precisamente el estímulo para que X aumente, bajo un régimen de iniciativa industrial privada, es que se eleven los precios y aumente el margen de beneficio. Sólo cuando bajo ese acicate se llegara a una expansión produc-

tiva suficiente, ocurriría que los precios volviesen al mismo nivel de antes. La experiencia demuestra que antes de que eso ocurra el efecto de elevación se transmite a los elementos del coste, de modo que la compensación se establece no a expensas del restablecimiento de los precios antiguos, sino en su mayor parte a expensas de la elevación de los precios que integran el de coste.

Lo mismo sucede, aunque en sentido inverso, cuando el proceso es de baja.

IV

LOS PROCESOS DE EXPANSIÓN Y CONTRACCIÓN MONETARIAS

Dos conclusiones hemos asentado hasta ahora : Que las fluctuaciones del ciclo industrial y el paro se pueden explicar lógicamente a partir de variaciones de los precios correspondientes a alteraciones de la demanda ; y que esas variaciones de los precios se explican fácilmente, según la ecuación monetaria, por correlativas alteraciones en la cantidad de moneda circulante. Según esto no es paradójico sino natural, que mientras Inglaterra y Norteamérica estaban en crisis, Alemania y Austria vivieran en febril actividad industrial ; ello era una consecuencia natural de su respectiva política monetaria. Mas para que nuestra explicación resulte suficientemente circunstanciada, vamos a mostrar cómo y en qué casos la expansión y contracción monetarias son causa de aumento y disminución de la demanda o efecto de ella.

La expansión monetaria que hemos tenido ocasión de observar en las diversas naciones con ocasión de la guerra ha sido generalmente realizada a favor de moneda de papel, moneda que era prestada directamente a los gobiernos, cuando no emitida por ellos mismos, o cuya emisión era promovida como consecuencia de créditos abiertos por los bancos al Estado o a los suscriptores de sus empréstitos para atender a las necesidades extraordinarias de la guerra.

Y esos recursos, así obtenidos de la emisión directamente o por el empréstito a expensas de la emisión, eran destinados por los Estados, o a demandar productos, o a pagar remuneraciones, indemnizaciones, emolumentos de personas afectas a su servicio, que dedicaban esas recompensas en la mayor parte a su consumo, a la demanda de productos, que se veía de ese modo aumentada, pujada por ese incremento de nuevos medios adquisitivos que venían a disputar a los ya existentes las mercancías disponibles. La subida de los precios promovía la producción y atraía los productos de otros países, que hallaban allí mejor mercado, en tanto el mayor precio no era

compensado por un cambio correspondientemente bajo, por una desvalorización de la moneda.

En los países neutrales el auge repercutía de un modo muy natural por la demanda de los países beligerantes, pero siempre reflejándose en un aumento de la circulación monetaria por el sencillo mecanismo que vamos a explicar. Las mercancías exportadas por los neutrales no podían ser pagadas en otras equivalentes, porque la situación misma del mercado se oponía a ello; los altos precios que eran característicos de los mercados beligerantes y promovían la afluencia de productos extranjeros, hacían que la exportación de muy pocos pudiera resultar conveniente. El excedente de importaciones de las naciones en guerra era pagado en oro o quedaba como una deuda bancaria flotante que deprimía el cambio, a menos que se consolidara con un empréstito exterior.

Si se pagaba en oro que era introducido directamente en la circulación, quedaba ésta aumentada *ipso facto*, pero este caso fué excepcional, porque en muchas naciones no circulaba el oro. En el caso de España, por ejemplo, el oro no se introdujo directamente en la circulación, pero ésta se incrementó no obstante virtualmente en oro, porque el banco nacional lo compraba con beneficio y emitía billetes por su valor legal; el efecto desde el punto de vista monetario era exactamente el mismo que si, en vez de esos billetes, hubiese entrado en circulación el oro que representaban. (No era lo mismo para el Banco que así realizaba un bonito beneficio.)

De aquí se deriva esta consecuencia importante: Que el efecto del incremento de la circulación con oro, con billetes que representan una cantidad equivalente de oro que ingresa en la reserva bancaria y con billetes o papel moneda por cuenta del Estado, es el mismo: aumentar la demanda de consumo e incrementar el fondo de producción-consumo.

No sucede así con aquella parte de la emisión que se hace en préstamo a los particulares, sea en descuentos comerciales o de otro modo, porque de esa parte sus tenedores no pueden disponer más que precariamente; constituye una suma de que no son propietarios y que han de reintegrar en un plazo breve; no la pueden destinar a gastos de consumo ni siquiera emplearla en la producción, porque la industria tarda a devolver los capitales y no permitiría reintegrarla en el plazo exigido. Por consiguiente, es una parte de la circulación que no puede promover el aumento de demanda real; su fin sólo puede ser emplearla en transacciones especulativas, ir a formar parte, en unión de las disponibilidades procedentes del ahorro, del fondo monetario ocupado en la compra y reventa de mercancías y valores y, en todo caso, colocarla en valores de renta cuando éstos son admitidos en pignoración. El caso excepcional en que, a pesar de todo, una parte de esa emisión sea empleada industrialmente o en el consumo lo examinaremos luego. En general, el efecto en el mercado de la emisión no garantizada ni

prestada al Estado no es elevar la demanda ni la producción, al menos directamente; no eleva los precios, antes bien es efecto de esa elevación, pues para circular una masa de mercancías y valores mayor y de cotización más alta se necesita una masa mayor de moneda. Cuando los precios se elevan, crecen los beneficios de la especulación y los negociantes hallan ventaja en obtener dinero por el descuento y emplearlo especulativamente (1). Al mismo tiempo, hay una afluencia de disponibilidades reales hacia la producción, atraídas por los mayores beneficios industriales y esto deja un vacío en el mercado financiero que ha de ser llenado con disponibilidades ficticias; de lo contrario se deprimiría la cotización de los valores rentísticos y se elevaría el tipo de interés, lo que sería un serio obstáculo al desarrollo de la producción.

Hay casos excepcionales, sin embargo, en que la emisión en descuentos sirve para estimular la demanda de consumo, entra en el fondo productivo. Vamos a examinar un caso de estos.

Uno de los medios que utilizaron los Estados beligerantes para agenciarse recursos con que pagar sus demandas en el extranjero fué obtener créditos bancarios que solían ser contratados por la administración pública con un banquero neutral o un grupo de ellos, los cuales descontaban bajo su garantía en el banco emisor los documentos producidos; tal fué el caso de un préstamo concedido a Francia por un consorcio bancario español. Aquí había una ampliación de la circulación fiduciaria que promovía directamente demandas de artículos que se exportaban sin importación correspondiente de mercancías, de oro, ni de otro valor alguno. Es un caso de verdadera inflación, pero de inflación temporal y a breve plazo. Si al ser liquidada la deuda, es pagada en mercancías, se traduce en un desequilibrio inverso de la balanza comercial; la deuda se extingue y la inflación desaparece a costa de una merma de demanda para la industria nacional. Si es pagada en oro, la expansión monetaria queda consolidada con una moneda real. Si es transformada en otra clase de crédito, los efectos serán los propios de la nueva forma de deuda.

No hay más que otras dos formas de mantener esa deuda internacional, que son: un préstamo bancario a expensas de depósitos privados, o la consolidación en un empréstito exterior hecho en la nación acreedora.

Durante la guerra las naciones beligerantes han promovido todo lo posible al levantamiento de créditos bancarios en las naciones neutrales, ofreciendo sus bancos un elevado interés por los depósitos reales que se hi-

(1) Hasta ahora los economistas han atendido, para distinguir las partes integrantes de la circulación, más a la naturaleza de la moneda que a su función económica, que es lo que importa. La porción de emisión no garantizada es una moneda ficticia, tanto si se presta al Estado como a los particulares, pero en el primer caso sus poseedores la poseen a título de plena propiedad pudiéndola destinar a cualquier uso, incluso de consumo o de iniciativa industrial, lo que no sucede en el primero.

cieran en sus sucursales extranjeras, u obteniendo a tipo subido créditos de los bancos de las demás naciones, los cuales de este modo podían pagar buen interés a sus depositantes y atraerse sus fondos. Después de suspendidas las hostilidades, ese préstamo bancario ha tomado otra forma: la compra de moneda extranjera; entonces el aliciente para concederlo no era el alto interés, sino la esperanza de un lucro. Ora tomaba la forma de un saldo en moneda extranjera abonado por un banco nacional a cambio de la entrega de una cantidad efectiva, y que correspondía a otro crédito concedido por el banco nacional a otro extranjero en moneda nacional o extranjera; ora consistía en la compra de billetes extranjeros u otros documentos de crédito realizables a voluntad en el país creditario.

En todos estos casos no hay inflación. Hay simplemente, cualquiera que sea la forma que el crédito afecte, que los ahorros privados son recogidos por la banca y utilizados para pagar a los productores nacionales sus ventas al extranjero o para cancelar en esa forma las deudas nacidas de compras anteriores y cuyos tenedores desean realizarlas.

De todos modos el crédito queda concedido en una forma precaria, puesto que su dueño puede realizarlo en el momento que quiera, saldando su cuenta o vendiendo los billetes que posee, y si entonces no se encuentra quien quiera sustituirse como titular de ese crédito, ha de ser satisfecho por la nación deudora en cualquiera de las formas que hemos visto. Si la forma es el pago en oro, determina una expansión monetaria en el país acreedor; y si el pago en mercancías, una expansión de la demanda en el país deudor, expansión de la demanda que se resolverá en inflación de precios en aquella parte en que la industria no la resuelva en aumento de producción.

Esa deuda se puede igualmente consolidar en un empréstito en el país acreedor. También esto es una forma de recoger los ahorros particulares y destinarlos al pago del excedente de compras o de las deudas flotantes procedentes de ello, sólo que en este caso la liquidación se aplaza por largo tiempo. El caso es idéntico en esencia cuando el país deudor exporta para pagar su deuda valores financieros de cualquier clase; los ahorros efectivos de los compradores quedan colocados en esos valores de renta y la moneda correspondiente sirve virtualmente para pagar los excedentes de exportaciones hechas.

El efecto producido en todos los casos es muy interesante. No hay exportación ni destrucción de moneda, no hay aumento ni disminución del dinero circulante, pero hay un cambio de aplicación. Dinero que se hallaba formando ahorros privados y por tanto en el fondo especulativo, al servir para pagar demandas de artículos de consumo, pasa al fondo de producción-consumo, pues es percibido en definitiva por productores que lo distribuyen en jornales y otras retribuciones. El efecto en el mercado de consumo es el mismo que cuando se incrementa la circulación en una cantidad equi-

valente. Hay aquí una expansión de la demanda sin expansión de la circulación, fenómeno importante que hemos de considerar muy luego con el fin de generalizar nuestra teoría del ritmo económico.

Consideremos antes brevemente los procesos de la deflación.

Cuando ha habido verdadera inflación, esto es, cuando el Estado ha emitido papel moneda o lo han emitido los bancos para prestárselo, la deflación se ha de verificar retirando el Estado, por medio de impuestos o de empréstitos, ese papel moneda de la circulación y destruyéndolo.

Si se retira por el impuesto sobre la producción o sobre las retribuciones obtenidas en ella, se merma en igual suma la capacidad de demanda de los productores; ello no implica disminución de la demanda global cuando el Estado invierte de algún modo lo percibido, pues la demanda de los particulares se reemplaza equivalentemente por la del Estado; pero si como suponemos el Estado destruye, anula esos recursos, la sustitución no se verifica, la demanda queda disminuía sin compensación. El total de las retribuciones que han nacido de la producción constituye el importe justo y exacto para satisfacerla, para readquirirla al precio de coste; desde el momento en que una parte de las retribuciones es recogida y destruída, ya no puede ser pagada la producción en su precio de coste; la demanda disminuye y los precios bajan; la depresión viene.

Si se retira por impuestos sobre las fortunas, lo que se hace es recoger parte del ahorro en disponibilidad, lo mismo que cuando se emite un empréstito, salvo que en este último caso se canjea por un título que da derecho a su titular a percibir una renta, y en el primero no. Al destruir el dinero así recogido ningún efecto directo se causa sobre el mercado de consumo, puesto que ese dinero constituía disponibilidades que no se destinaban al gasto, pero se produce un vacío en el fondo de especulación que deprime forzosamente la cotización de los valores de renta, eleva el interés e incita a ahorrar, a retirar fondos de la producción para destinarlos a la colocación en renta, a la sazón más ventajosa; de cualquier modo, a hacer pasar recursos del fondo productivo al especulativo, con lo cual hay una disminución de demanda, porque fondos que se habrían de destinar a compras de consumo pasan a entretenerse en la especulación.

Pero el mismo efecto que la deflación, tiene cualquier contracción monetaria. Supongamos que al producirse en la post-guerra el cambio de situación de nuestro mercado y convertirse en daño el beneficio que nuestra moneda había tenido sobre el oro, el Banco de España, guiándose por un criterio puramente económico, hubiese ido exportando ese oro que entonces podía venderlo con beneficio, como antes lo había comprado con daño. La exportación del oro hubiese dado por resultado la retirada de los billetes que están representándolo en el mercado. El caso es por lo demás enteramente análogo al de que circule el oro en natura, pues en ese caso al pro-

ducirse el cambio desfavorable, el oro hubiese emigrado espontáneamente y la circulación se hubiese visto disminuída. Lo cual viene en detrimento de la demanda a la producción interior, puesto que la capacidad de demanda del mercado es limitada y el oro que emigra en demanda de mercancías extranjeras supone una disminución equivalente de la demanda interior, una depresión industrial, así como el acceso de ese oro representó un auge.

Del mismo modo, la liquidación efectiva de los créditos que un país tiene sobre el extranjero, en cualquier forma que se hallasen, determina un auge si se cobran en oro, y una depresión si en mercancías. Ha sido la percepción intuitiva de estos efectos inmediatos lo que ha hecho surgir el proteccionismo en las ideas y lo que lo mantiene en la práctica, pese a toda lógica, en formas variables al compás de las teorías en boga.

V

GENERALIZACIÓN DE LA TEORÍA DEL CICLO ECONÓMICO

Toda expansión monetaria (y no sólo la inflación fiduciaria) es causa de auge, a condición de que la nueva moneda entre a aumentar la demanda, ingrese en el fondo productivo, y toda contracción circulatoria origina depresión si se cumple a expensas de la moneda de consumo. No ocurre así si la expansión o-contracción se limitan al fondo especulativo, es decir, si se cumplen a expensas de moneda que no se destina al gasto corriente. En cambio hay auge sin inflación cuando la demanda se incrementa a expensas de moneda ya existente, y depresión sin deflación cuando hay una merma del fondo productivo que no es dinero que emigra o se destruye, sino que pasa al fondo especulativo. En una palabra, lo que importa en este punto es la dilatación y contracción del fondo productivo exclusivamente, y esto da particular interés al conocimiento de las causas por las cuales eso sucede.

El paso de moneda del fondo productivo al especulativo es sencillamente el ahorro. El ahorro es por definición el acto de abstenerse de invertir en demanda de consumo una parte del ingreso que podría destinarse a ello. La moneda que constituye ahorro se distingue de la otra precisamente en que se destina, no a obtener una satisfacción, sino un lucro; y este lucro se puede conseguir de dos modos que importa distinguir: empleando la acumulación hecha en comprar máquinas, primeras materias y pagar salarios, sueldos, etc., con el fin de producir; o comprando valores de renta (tierras, títulos de deuda, etc.) y mercancías de cuya reventa se espere un beneficio.

El caso del préstamo no es más que una transmisión de disponibilidades cuyo efecto depende del empleo que les dé el prestatario.

En el primer empleo, las disponibilidades vuelven al fondo productivo, aunque esta vez del lado de la producción, pero con el mismo resultado definitivo, puesto que al invertirse en pagar retribuciones, en su mayor parte al menos se reintegran al mercado de consumo, sirviendo para adquirir productos cuyos vendedores reconstituyen así las disponibilidades que invirtieron en adquirirlos o producirlos y pueden emplearlas nuevamente en adquirir o producir otros, porque la industria desde el punto de vista del industrial es un cambio alternativo de disponibilidades en mercancías (producción) y de las mercancías en disponibilidades (venta). (Socialmente, es un paso de moneda de disponibilidades a retribuciones por la producción, y de retribuciones a disponibilidades por la venta.)

No sucede así cuando el empleo que su poseedor da a las disponibilidades es comprar un valor de renta o una mercancía con fines especulativos. Claro que quien percibe esa disponibilidad a cambio de la cosa que vende, puede darle el empleo productivo o el de consumo, pero mientras no lo haga, ya porque retenga el dinero, ya porque lo emplee en nueva colocación especulativa o lo preste a quien así lo haga, esa suma está sustraída a la producción tan ciertamente como si se tuviera atesorada cual en los antiguos tiempos. Para los efectos de la mecánica productiva, el ahorro sin subsiguiente empleo productivo es como si hubiera una contracción monetaria, puesto que hay una disminución de demanda.

El mismo efecto produce una retirada de fondos de la industria. Si al reconstituirse las disponibilidades en manos del industrial por la venta de sus productos, en vez de emplearlas en nuevas operaciones productivas, las retira para destinarlas a un fin especulativo, cierto número de obreros dejan de percibir salarios, algunos productores de primeras materias dejan de venderlas y han de reprimir su producción; todo esto supone una disminución de demanda en el mercado por parte de los que pierden sus ingresos. La depresión se ceba.

Por el contrario, es causa de auge el empleo productivo de fondos y la inversión en gastos de consumo de los ahorros previamente formados. Se suelen producir grandes auges cuando el ahorro es tomado abundantemente en préstamo por personas o entidades que lo destinan a la producción o al consumo. En el primer caso están las épocas de grandes inventos e iniciativas industriales o de obras públicas que recogen cuantiosos ahorros y les dan esas aplicaciones; en el segundo las épocas de grandes guerras y calamidades que imponen considerables gastos a las haciendas públicas, lo que obliga a los Estados a recoger, por empréstitos o por impuestos que afecten a las fortunas y no sólo a la renta, los ahorros existentes en disponibilidad y a gastarlos por su cuenta.

Como son suficientes aumentos o disminuciones relativamente pequeños de la demanda para que el auge y la depresión se celebren, llegando a las consecuencias más grandes, basta que la corriente de disponibilidades hacia el fondo productivo domine un poco sobre la inversa, o por el contrario que sea la corriente de ahorros hacia el fondo productivo la que prevalezca, para que el ritmo industrial se pronuncie en el sentido de la prosperidad o en el de la crisis.

Pero la fatalidad de este ritmo no puede ser explicada plenamente sin esclarecer un fenómeno que es esencial en el mercado financiero.

Los valores de renta son objeto de una demanda y una oferta, a la manera de los productos corrientes. La demanda de valores es naturalmente oferta de disponibilidades a cambio de ellos, y la oferta es demanda de dinero. Lo mismo que en el mercado de cada producto se establece un precio corriente que es aquel para el cual la oferta y la demanda se equilibran sensiblemente en cada momento, en el mercado financiero se establece para cada valor de renta un precio. Ese precio depende, naturalmente, de la oferta que hay de ese valor y de la masa de disponibilidades que lo solicita.

Como las disponibilidades acuden al valor de renta que les parece más beneficioso, la cotización de cada uno tiende a proporcionarse con la renta que produce y la confianza y seguridad que inspira en relación con los demás. Si hay un aumento de disponibilidades en el fondo especulativo, los valores de renta son más solicitados y la demanda se distribuye entre todos ellos, de modo que su cotización mantenga la relación que el mercado estima que debe haber. Una minoración del fondo de especulación se traduce en efectos inversos. De este modo se establece el tipo general de interés corriente, que sube cuando las cotizaciones de los valores de renta fija bajan, y baja en el caso opuesto.

Al pasar disponibilidades del mercado financiero al de consumo, se produce al mismo tiempo una elevación de los precios de los productos y una disminución de las cotizaciones de los valores, o sea, elevación del tipo de interés, el cual todavía tiende a subir a consecuencia de que la puja de precios da lugar a que otras disponibilidades acudan a la especulación mercantil y a la industria, al husmeo de los elevados beneficios que producen, abandonando el mercado de valores de renta, que se deprime más.

Ahora bien, la elevación del interés es un obstáculo para la especulación y sobre todo para la producción, que exige comprometer por largo tiempo los capitales con riesgo de que quizás luego constituyan una colocación menos retribuida, aparte de las mil contingencias propias que los negocios industriales tienen. Esto impide que la producción satisfaga rápidamente a los estímulos de la mayor demanda, con lo cual se da tiempo para que las elevaciones de precio se transmitan a los elementos del coste y queden consolidadas; de este modo sucede que los aumentos de la demanda se traducen

en definitiva, más en elevación de precios que en aumento de producción.

A todo movimiento de auge industrial sigue invariablemente un estado de tensión financiera, de dificultad de procurarse fondos, de elevado interés, que provoca pronto un reflujo de dinero hacia el fondo especulativo, con lo cual la causa del auge, que es el incremento del fondo productivo, se reprime. Este fenómeno es el que colaborando con la disminución de capacidad adquisitiva del mercado acaba por provocar fatalmente la depresión, y en un plazo muy breve cuando la demanda de productos no es sostenida por el lanzamiento constante de dinero nuevo en el mercado, cual sucedió en la guerra.

El estado de constante tensión en el mercado financiero provocado por el retraimiento de las disponibilidades de la producción es lo que ha dado origen a la hipótesis de la escasez de capital, una idea que no tiene sentido racional y que se halla en el fondo de casi todas las teorías económicas. Prácticamente la necesidad de eludir ese escollo ha sido causa del desarrollo del crédito que caracteriza la historia financiera moderna; ha sido una reacción, una respuesta vital contra un obstáculo cuyas causas se ocultan, pero cuyo efecto es fácilmente perceptible. Las disponibilidades ficticias del crédito, consistan en billetes, en créditos bancarios o en créditos privados que se saldan por los sistemas de compensación que se han ido sucesivamente creando, suplen a las disponibilidades reales. Las suplen en la especulación, no en la producción ni en el consumo, porque las retribuciones siempre se pagan en moneda real y el consumo siempre se hace pagándolo, en definitiva, en esa moneda; la intervención del crédito en las operaciones monetarias propiamente productivas es transitoria.

El papel de las disponibilidades ficticias del crédito se limita, en general, a rellenar el vacío que dejan las disponibilidades reales en el fondo especulativo cuando acuden en gran abundancia al productivo para emplearse en el consumo o en la producción. Gracias a la creación en abundancia de tales disponibilidades, se impide que el interés se eleve extremadamente y ponga un freno inmediato a la expansión productiva.

Pero al mismo tiempo este fenómeno ha desenvuelto las formas modernas del ciclo económico, especialmente las crisis violentas, que han hecho creer a muchos que la causa de las crisis es el crédito y que el ciclo económico es un fenómeno moderno. El origen de las crisis es el siguiente: Durante el período de auge y durante los primeros momentos de la depresión subsiguiente en que la contracción del mercado financiero empieza a notarse, se crea una gran masa de disponibilidades ficticias, de créditos privados y bancarios; al menor movimiento de pánico provocado por algún accidente que, cuando, las dificultades en los negocios y la restricción de la demanda se presentan, puede hacer su aparición a cada momento, esas disponibilidades se desvanecen en gran parte. Entonces se produce un encarecimiento súbito del

dinero, porque las escasas disponibilidades reales verdaderamente libres son insuficientes para mantener la cotización de los valores. El vacío en el mercado financiero provoca una succión de las disponibilidades empleadas en la producción, las cuales al retirarse de ella determinan la paralización de las industrias y agudizan la depresión por disminuir la capacidad adquisitiva del mercado.

La crisis propiamente dicha no es mas que un accidente en la depresión, un accidente que la divide en dos períodos: el de depresión por antonomasia y el de liquidación o reposición. Antiguamente el ciclo económico se caracterizaba por crisis menos aparatosas y por depresiones más graves y más largas; el organismo económico se hallaba en un estado de depresión constante, sólo interrumpido por los grandes descubrimientos de minas de oro y plata que provocaban la subida de los precios (de la observación de este hecho, principalmente, nació el mercantilismo) y más tarde por los avances en el desenvolvimiento del crédito; pero crisis agravadas al extremo en algunos casos, como demuestran las grandes hambres históricas, algunas bastante modernas todavía.

Si las depresiones actuales no llegan, por punto general, a esos extremos, es porque el mayor poder adquirido por las clases menesterosas y el progreso del crédito público dan lugar a que antes se acuda al remedio, lanzando en el mercado de consumo grandes recursos obtenidos por el empréstito, bien en forma de indemnizaciones de paro, bien en inversiones para obras públicas, bien en encargos de material guerrero, cuando el mal no es paliado fortuitamente por la gran inversión de recursos que representa una guerra.

Claro que esto ha traído otro grave problema para las haciendas públicas. Esos gastos cuantiosos palían momentáneamente el mal, pero recargan los presupuestos con una suma ingente de intereses que consumen una parte excesiva de los recursos públicos y que constituyen una subvención a la ociosidad a expensas del trabajo, una forma de parasitismo de día en día más gravosa.

VI

LA CLAVE DEL PROBLEMA ECONÓMICO

La principal consecuencia que queremos derivar de nuestras premisas y con que vamos a terminar este largo trabajo, es una hijuela del paro mismo.

Hemos considerado en nuestras deducciones precedentes que la contracción de la demanda era debida principalmente al hecho mismo del paro, a que una gran parte de los partícipes de la producción pierden sus ingresos;

de intento hemos prescindido de otra causa de contracción más importante todavía: la disminución de las remuneraciones individuales, que es una consecuencia segunda del paro.

Quienes tienen que vivir de su trabajo, de cualquier clase que éste sea, necesitan hallar ocupación, encontrar un empresario de la producción que les proporcione trabajo; el paro y la restricción productiva consiguiente determinan escasez de empleos y abundancia de individuos en todos los oficios y profesiones, que aspiran a ellos. La consecuencia es deprimir los salarios y retribuciones en general. Esto representa un descenso de coste en la producción y es favorable al restablecimiento del equilibrio entre el coste y el precio de venta, cosa necesaria para que la producción se reemprenda. Desgraciadamente no ocurre así, porque el descenso de las retribuciones tiene un efecto inmediato sobre el mercado de demanda deprimiendo todavía más la cantidad de productos reclamada y provocando la baja de los precios más deprisa que la de las remuneraciones productivas; el que no tiene otros recursos que sus ingresos ha de ajustar a ellos sus gastos forzosamente.

Así el proceso de baja de los elementos del coste no impide el progreso de la paralización y al mismo tiempo produce la depauperación de la Humanidad. En tanto haya productores manuales o intelectuales sin ocupación y los precios de venta no se eleven suficientemente sobre los de coste, no hay patrono que se avenga a dar ocupación si no es a un precio tan bajo que ofrezca perspectivas de beneficio a pesar de la tendencia de los precios a caer, pero como esa merma de retribuciones trae menor demanda, el proceso depresivo de las remuneraciones no halla otro límite, mientras la causa original dure, que llegar al linde con la imposibilidad absoluta de subsistir.

El enlace entre el paro y los bajos salarios es una relación necesaria fácil de percibir y ha sido enunciada por las escuelas socialistas con el nombre de ley de bronce. El error socialista consiste en creer que la causa de esa ley es simplemente la codicia de los patronos, lo cual es una interpretación tan antropomórfica como la del horror de la Naturaleza al vacío. Y también en pensar que la consecuencia no afecta más que a los trabajadores manuales; afecta a todos, porque esa sobra de gentes que parece haber en todas las profesiones, ese exceso de competencia de que se quejan los comerciantes en las malas épocas y que induce a la mala fe, ese malestar que es común a todas las clases sociales, no son más que resultados de lo mismo. Ni siquiera las retribuciones de los patronos, ni las de los propietarios están sustraídas al efecto depresivo, pues si hubiera más actividad industrial, serían más solicitados sus servicios, sus propiedades y sus productos, y alcanzarían mayores beneficios y más altas rentas.

Otro error de las escuelas socialistas es inclinarse a considerar la desigualdad como el principal aspecto del problema social. No, el mayor mal

es el causar innecesariamente la miseria general, una miseria cuyas consecuencias afectan desfavorablemente aun a los más altos, aunque por comparación con los demás se crean favorecidos; es que su mirada no penetra más allá de la superficie. La ley del mercado, al limitar la producción por la demanda efectiva y al reducir ésta a límites mínimos, relega la eficacia industrial a proporciones muy inferiores a la verdadera capacidad productiva alcanzada por el progreso humano.

Teóricamente hay que admitir que la acción de nuestro régimen económico es capaz de reducir a la Humanidad rápidamente a la mayor miseria, aun partiendo de un estado de prosperidad inaudita, sin que ello implique la desaparición de ninguno de los medios materiales causantes de esa prosperidad. Pero prácticamente ha ocurrido algo mucho más sencillo y que por eso no ha sorprendido tanto; ha ocurrido que la acción esencial de los fenómenos que hemos venido analizando impidió la expansión del poder humano a medida que la ciencia iba desarrollándolo.

Podría suponerse que si el período de depresión con su secuela, el paro, causa la reducción de la cóngrua de los colaboradores de la producción y, en consecuencia, la de ésta, el período de auge con que alterna habría de promover la corrección del mal. No es así. La depresión y el auge relativo cuya sucesión caracteriza el ciclo económico, se cumplen dentro de límites muy poco amplios; ni siquiera el paro llega a corregirse por completo, a no ser en auges excepcionalmente persistentes por causas especiales; mucho menos sucede que las retribuciones laboriosas experimenten una reacción notable, y cuando así sucede, es más bien impulsada por el alza de la mera subsistencia.

La escasa amplitud de la fase ascendente del ciclo se explica por la fatalidad de las dos causas limitantes que hemos encontrado: la tensión del mercado financiero, que impide la expansión de la industria, y la reducción de la capacidad adquisitiva de los consumidores, que limita el consumo. Vamos a insistir un poco acerca de esta última, que es capital.

La subida de los precios hace más lucrativa la industria, a condición precisamente de que las remuneraciones en que en definitiva se descompone el coste no suban en la misma proporción. Si lo hicieran, no habría estímulo a aumentar la producción; y si crecieran en mayor medida, la industria dejaría de ser remuneradora y el paro comenzaría desde luego.

La condición precisa para que el auge aparezca es un margen extraordinario de beneficio, pero en esto mismo hay un motivo de depresión, como vamos a hacer ver. Los ahorros se verifican con mayor facilidad y abundancia cuando pueden realizarse a expensas de un ingreso abundante y anormal, pues su perceptor siéntese predispuesto entonces a conformarse con su gasto habitual, sobre todo si éste no se halla muy restringido, y destinar el resto a formar una acumulación que en las condiciones actua-

les de la vida económica es excesivamente apetecible poseer. Este es el caso de los beneficios extraordinarios del auge; el auge provoca la formación abundante de ahorros, de ahorros que no vuelven enteramente al ciclo productivo, por quedar en el mercado financiero en forma de disponibilidad; tal hemos visto que es precisamente la causa esencial de la depresión y por eso ésta sucede siempre fatalmente, y en plazo corto, a la prosperidad.

Todos los motivos que alteran la distribución fomentan la formación de ahorros por parte de los favorecidos, en tanto que los perjudicados, aunque ello sea debido exclusivamente al azar, se ven forzados a limitar sus satisfacciones, a contentarse con menos.

Esto explica la paradoja de que los adelantos técnicos apenas se reflejan en mayor bienestar social. Su efecto subsiguiente es dejar sin empleo a muchos trabajadores al permitir realizar la misma producción con menor cantidad de brazos. La economía se distribuye en menor gasto para muchos que pueden así realizar un ahorro si se contentan con seguir trabajando y consumiendo lo mismo. Esto es lo que suelen hacer un gran número, bajo el gran acicate a la acumulación, y entonces viene la crisis como consecuencia del progreso. La Historia nos enseña que todas las épocas de grandes progresos industriales han sido seguidas de crisis y hambres terribles. Esto no sólo frustra los resultados del progreso; además lo limita y hace subsistir, en medio de los mayores adelantos, los procedimientos más anticuados y costosos; hasta ha habido quienes han llegado a sostener paradójicamente, que el adelanto técnico produce una economía puramente ilusoria.

Si fiáramos en la apariencia, con el mismo fundamento podríamos decir que la guerra, por ejemplo, no es gravosa para la humanidad, sino reproductiva, porque las guerras no empeoran mucho la situación siempre penosa de los hombres; antes bien, la alivian corrigiendo el paro. Lo que sucede es que a los estragos de la guerra se subviene en gran parte con trabajo en reserva, con medios de producción que de otro modo quedarían inactivos, inútiles cuando menos. Esto impide notar toda la magnitud de los estragos de la guerra y contribuye mucho a que no desaparezca.

Pero con la misma razón podríamos afirmar también que son convenientes las múltiples formas que toma el parasitismo social y la dilapidación de recursos, porque contribuyen a corregir la restricción productiva, la falta de trabajo. En rigor todas ellas: la mendicidad, la hamponería y la vagancia, la empleomanía, la granjería política, la prostitución y tantas otras lacras sociales son reacciones vitales contra una situación en que la vida a expensas del trabajo productivo es la más difícil y penosa, a veces totalmente imposible a causa de la dificultad de hallar ocupación útil y provechosa. Muchos se abandonan a la línea de menor resistencia.

Se da el enorme contrasentido de que todo lo que es beneficioso social-

mente : las economías, los progresos técnicos, las mejoras morales, todo lo que proporciona mayores facilidades para la vida, se convierte en fautor de depresión, de crisis, de malestar, de miseria ; en tanto que lo pernicioso, lo que racionalmente dificulta el bienestar y la dicha humanas, como los despilfarros administrativos, el parasitismo social, la mala fe, la guerra, etcétera, palía con frecuencia el malestar económico. Las consecuencias morales y materiales de todo esto y su acción retardadora sobre el progreso humano en todos los órdenes, son cosas que el culto lector puede inferir.

GERMÁN BERNACER

Alicante, Escuela de Comercio, 1924.